

La España franquista y la prensa católica estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial

Francoist Spain and the American Catholic Press during World War II

Rafael Escobedo Romero
Universidad de Navarra
Instituto Cultura y Sociedad
<https://orcid.org/0000-0002-3774-8499>
rescrom@unav.es

Enviado: 27/06/2022; Revisado: 17/12/2022; Aceptado: 22/12/2022

Resumen

A través de las informaciones, editoriales y artículos de revistas como *America* o *The Commonweal* es posible conocer el estado de la opinión pública católica estadounidense con relación a la España franquista durante el complejo contexto de la Segunda Guerra Mundial. La revista *America* defendió una postura bastante profranquista mientras que el enfoque de *The Commonweal* fue más crítico. Ambas publicaciones confiaron en que el catolicismo español sirviese de dique a la influencia nazi, así como que la Iglesia favoreciese en España un proceso de democratización que se preveía inexorable tras la derrota del Eje.

Palabras clave: Franquismo, catolicismo, relaciones hispano-estadounidenses, Segunda Guerra Mundial.

Abstract

The news, editorials and articles in magazines like *America* or *The Commonweal* can give insight into the public opinion of United States Catholics towards Francoist Spain during the complex context of World War II. *America* took a fairly pro-Franco stance, while *The Commonweal's* approach was more critical. Both publications hoped that Spanish Catholicism would curb Nazi influence, while the Church would promote a process of democratization in Spain deemed unavoidable following the defeat of the Axis.

Keywords: Francoism, Catholicism, United States-Spain Relations, World War II.

1. INTRODUCCIÓN

A pesar de su rápida declaración de neutralidad y de que esta se mantuviese durante toda la guerra, nadie dudó nunca de que las simpatías de España durante la Segunda Guerra Mundial estuvieron siempre con la Italia fascista y con la Alemania nazi. En la balanza de intereses del gobierno español, el platillo en el que descansaba el interés estratégico de entrar en guerra junto a Alemania e Italia siempre acabó pesando menos que el que contenía los argumentos de la neutralidad. De entre los varios factores que mantuvieron a España fuera de la guerra, resultaron sin duda decisivos los esfuerzos tanto de la diplomacia británica (MORADIELLOS, 2005; WIGG, 2005; SÁENZ-FRANCÉS y GALBRAITH, 2016) como de la estadounidense, una vez que este último país se unió a la guerra contra Hitler (THOMÁS, 2007: 115-538; 2010; 2011).

Para Estados Unidos, en efecto, España fue un neutral sospechoso y malintencionado, pero con quien merecía la pena ser lo más amistoso posible, para mantenerlo no solo fuera de la guerra sino para reducir todo lo posible también su amistad y colaboración con el Eje. Sin embargo, dentro de Estados Unidos, los católicos contemplaban la cuestión española desde otros prismas, no excluyentes del anterior. La Guerra Civil española había definido identidades, cuando no metafóricas trincheras, dentro de la sociedad norteamericana o de la cultura política estadounidense. Franco era un dictador, cuyo orden político repugnaba de forma casi unánime a la mente democrática de todos los americanos, pero para los católicos estadounidenses su España era la España cristiana, que había vencido –y venciendo, sobrevivido– a una revolución marxista que, con más énfasis que en otros lugares, buscaba sin ambages el exterminio de la religión católica (TUSELL y QUEIPO DE LLANO, 1993: 297-307 y 310-311; REY, 1998: 51-68 y 460-467). Para la parte más significativa de la opinión pública católica en Estados Unidos, Franco era el mal menor frente a la amenaza existencial que representaba el comunismo. La preocupación por una eventual España comunista se reavivaría en los años finales e inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, cuando el futuro del régimen franquista parecería pender de un hilo. Sin embargo, durante nuestro periodo de estudio, inquietaba más bien una España nazi, una España completamente fascista. Una España así no solo sería irremediabilmente enemiga de Estados Unidos sino también de la fe católica. Esta doble preocupación es la que late constantemente detrás de todos los textos periodísticos analizados, cuyo estudio esperamos que complete algunas perspectivas ya recientemente abiertas por la historiografía (RODRÍGUEZ LAGO, 2022).

Con todo, ni siquiera era la preocupación, sin duda genuina, que tenían por España en sí misma el principal motivo de los católicos norteamericanos para sentirse intensamente concernidos por esta así llamada cuestión española. En un modo que se revelaría mucho más intenso justo después del final de la Segunda Guerra Mundial, durante el segundo lustro de los cuarenta, España constituyó la piedra de escándalo que ponía en cuestión las convicciones constitucionales de los católicos estadounidenses. Tras la derrota de Hitler y Mussolini, el franquismo era visto en Estados Unidos y en las democracias no solo como una

desagradable dictadura autoritaria, represora y militarista, sino incluso como el último fascismo, como el residuo de la época más negra de la humanidad. Lo que resultaba mortificante para los católicos, sin embargo, era que ese mismo régimen no dudaba en presentarse a sí mismo –con una aquiescencia más expresa que tácita de las jerarquías eclesíásticas españolas y vaticanas– como acabado ejemplo y modelo de Estado confesional católico. En aquel contexto de los segundos cuarenta, en el que diversas cuestiones suscitarían agrios debates entre católicos, por un lado, y protestantes y seculares, por otro, constituía para los primeros un difícil e incómodo desafío cada vez que las palabras España o Franco hacían su aparición en la discusión pública, hasta el punto de que esa embarazosa presencia constituyó un no pequeño estímulo para reflexiones de largo alcance en el seno de la cultura católica estadounidense (ESCOBEDO, 2020; 2022).

En cambio, si se me permite la cruel paradoja, los años de la Segunda Guerra Mundial fueron años de paz en las discusiones americanas acerca del catolicismo. En comparación con el periodo inmediatamente precedente, la atención pública solo podía dedicar una pequeña fracción de su interés al asunto español; y el espíritu de unidad de la nación en guerra no era un ambiente favorable para las controversias entre compatriotas que sí se desatarían después de 1945. Por eso mismo, tampoco fueron los años de la guerra mundial un momento tan decisivo para la transformación de la mente católica como lo fueron las dos décadas que transcurrieron entre el final de la guerra mundial y el inicio del Vaticano II. Sin embargo, una observación atenta de la opinión católica de Estados Unidos durante este periodo debería servir para comprender mejor esas transformaciones en un marco temporal más amplio. Hay, además, otro punto de vista desde el cual el estudio de estos materiales puede contribuir, todavía más significativamente, a mejorar el conocimiento histórico. Si el así llamado factor católico había sido relevante en la política estadounidense de no intervención en la Guerra Civil (KANAWADA, 1982: 49-71; TUSELL y QUEIPO DE LLANO, 1993: 297-364; BOSCH, 2012: 109-235; ESPASA, 2017: 21-22, 31-35, 53-56 y 165-169), la presencia de la cuestión española en las publicaciones católicas que vamos a analizar puede ayudarnos a estimar el peso que tal factor católico siguió teniendo, junto con otros muchos más, en la templanza con que la administración Roosevelt manejó la difícil relación con la España no beligerante durante la Segunda Guerra Mundial.

Del amplísimo panorama de la prensa periódica católica en los Estados Unidos de aquellos años, se han escogido dos publicaciones, *America* y *The Commonwealth*, que tienen en común, en primer lugar, su alcance nacional, frente a otras cabeceras de ámbito más diocesano o local, y, en segundo lugar, su amplitud de intereses.¹ Es decir, no se trataba de publicaciones de carácter puramente devocional o que limitasen su objeto de interés a la vida interna de la Iglesia. Su

1 De forma ocasional utilizaremos también algunos textos de *The Sign*, revista mensual publicada por los pasionistas entre 1921 y 1982 (CARBONNEAU: 1997: 1297), de línea profranquista moderada durante el periodo estudiado (1940-1945), más un artículo de *The Catholic World*. Para el contexto general, a parte de una información de la revista *Time*, recurriremos a la cobertura realizada por el diario *The New York Times*, cuya hemeroteca digital pueden consultar los suscriptores del periódico en <https://timesmachine.nytimes.com>.

propósito, más bien, era el de ser unas revistas de información y opinión cuya misión era ayudar al lector católico, de un cierto nivel cultural, a formar su criterio respecto de asuntos de interés público. Se podía decir de estas publicaciones que aspiraban a ocuparse, desde una perspectiva católica, de la «entera complejidad de la cultura contemporánea», como en cierta ocasión editorializó acerca de sí misma una de ellas.² Editadas ambas en Nueva York y con periodicidad semanal –que *America* todavía mantiene–, la primera fue fundada en 1909 y dirigida hasta la actualidad por los jesuitas de Estados Unidos, mientras que la segunda fue una iniciativa laical que comenzó su andadura en 1924. Para el lector norteamericano, estas dos publicaciones de referencia, ambas igualmente católicas, representaban en cierto modo dos tendencias o talantes divergentes dentro de la cultura política del catolicismo estadounidense. Como comprobaremos de inmediato, en lo que respecta a España su discrepancia fue patente.

La línea editorial de *America* evolucionó acorde con las posturas mayoritarias en cada momento dentro de la Compañía de Jesús. De este modo, entre los años treinta y cincuenta, al mismo tiempo que se destacó en la promoción de la justicia social y racial, su actitud hacia la cuestión española tendió a ser muy poco crítica con el franquismo y mucho en cambio con los que se oponían al dictador español. El semanario jesuita solía reaccionar con irritación ante el tratamiento que la prensa secular otorgaba a las cuestiones españolas, a las que prestó siempre una gran atención (ESCOBEDO, 2020: 341-361).³ En contraste, la línea de *The Commonweal* se mostró en general adversa a Franco. La revista había atravesado una considerable crisis interna en mayo de 1937 a cuenta de su posición crítica hacia el bando sublevado, que llevó incluso a que parte de los propietarios se desvinculasen del proyecto.⁴ Aunque *Commonweal* no había ahorrado vehemencia a la hora de condenar la persecución religiosa en la zona republicana y de denunciar la deriva revolucionaria y totalitaria de la República española, su actitud hacia los nacionales fue mucho menos complaciente que la que podía leerse en la mayoría de las publicaciones católicas (TUSELL Y QUEIPO DE LLANO, 1993: 315-323). Después de aquella crisis y una vez acabada la Guerra Civil,

2 «Special problems of the Catholic press» (5-2-1955), *America*. Las citas textuales en inglés han sido traducidas por el autor.

3 Resulta significativo que en la voz correspondiente de la *Encyclopedia of American Catholic History*, que no llega a la página de extensión, solo otros cuatro asuntos merecen una mención expresa: la ya mencionada justicia social y racial, la crítica al macarthismo en los cincuenta, la recepción del Vaticano II y la crítica a la *Humanae vitae* (STAHEL, 1997). La serie histórica de la revista no se encuentra completa en ninguna biblioteca española. Además de los fondos parciales conservados en la Biblioteca de la Universidad de Navarra, se han consultado las series completas de las Bibliotecas de las Universidades de Georgetown (Washington) y Pontificia Gregoriana (Roma).

4 «The Franco Note to Latin America» (8-8-1941), *The Commonweal*; Williams, M. «An Open Letter to the Editors of THE COMMONWEAL» (17-8-1945), *id.*; y Skillin Jr., E., reseña de Carlton H. Hayes, *Wartime Mission in Spain* (18-12-1945), *id.* Sobre la historia de *The Commonweal*, cf. VAN ALLEN, 1997; y COMMONWEAL MAGAZINE, s.f. La revista perdió el «The» de su título en 1965 (COMMONWEAL MAGAZINE, s.f.); en este artículo usaremos ambas denominaciones indistintamente. Sobre el acto político del 19 de mayo de 1937 en el Madison Square Garden de Nueva York que desencadenó la crisis: HAYES, 2018: 12, n. 1. La serie histórica de la revista se puede consultar, previo pago, en el sitio de internet Opinion Archives (<https://opinionarchives.com>). Para esta investigación también se han consultado fondos en papel de la Biblioteca de la Universidad de Georgetown.

Commonweal se mantuvo siempre abiertamente hostil a Franco, a quien acusaba de instrumentalizar la religión católica para sus propios intereses. En contraste con el discurso triunfalista que podemos leer en otras publicaciones católicas cuando se referían al esplendoroso renacimiento del cristianismo en la España de Franco,⁵ en *The Commonweal* creían que el régimen no estaba sino ahondando «el desapego hacia la Iglesia de vastos sectores del pueblo español».⁶

2. NEUTRALIDAD Y TENTACIÓN DE BELIGERANCIA

Los dos grandes interrogantes acerca de España durante los años de la Segunda Guerra Mundial fueron si permanecería como neutral y si sobreviviría a la derrota de Hitler. Ambos interrogantes no coincidieron en el tiempo. El primero solo se planteó mientras fue válida la hipótesis de una victoria final de Alemania; el momento del segundo, en cambio, corrió parejo a la creciente certeza de la derrota del nazismo. Tal vez la propia declaración española de abandono de la posición de «no beligerancia», en octubre de 1943, sea un buen indicador de cuándo una pregunta sustituyó a la otra.⁷

Como sabemos, España nunca abandonó su condición de neutral en el conflicto mundial, de modo que todo lo que se escribió sobre su entrada en la guerra se movió siempre en el terreno de la conjetura. Los que sostenían un discurso más o menos contrario a Franco daban por hecho que España declararía la guerra a los enemigos de Alemania en cualquier momento, tan pronto como las condiciones lo permitiesen. Cuáles eran esas condiciones era una derivada de la discusión principal, pero de lo que no cabía dudar era de que las simpatías de los vencedores de la Guerra Civil estuvieron de principio a fin con aquellos que les habían ayudado a derrotar a sus adversarios y cuyos sistemas políticos más se asemejaban al puesto en práctica en España. Los estadounidenses que apoyaron a los sublevados durante la Guerra Civil tendieron, en cambio, a creer que Franco mantendría su posición de neutralidad. Asumieron como propio el argumento que continuamente empleó el régimen de que España estaba exhausta y destrozada después de su propia guerra civil para involucrarse en una nueva guerra. Atribuyeron la mejor de las intenciones a un dictador que, en su opinión, aunque naturalmente inclinado hacia el Eje y lo que representaba, apreciaba más la paz para su país que los posibles beneficios que pudiera reportarle sumarse al carro de los vencedores en la guerra europea. Sin embargo, incluso contando con la voluntad de Franco de mantenerse al margen, unos y otros incluían también en sus conjeturas que Hitler obligase a España a involucrarse en la guerra,

5 Sargent, D. «Burgos Typifies the New Spain» (10-6-1939), *America*; O'Brien, A. «News from Spain» (9-1940), *The Sign*; o, Harney, M. P. «The Spanish Riddle» (28-7-1945), *America*.

6 «Unhappy Echoes» (2-10-1942), *The Commonweal*.

7 Se considera que España mantuvo una posición de no beligerancia, entendida como favorable al Eje sin abandonar la neutralidad, entre el 12 de junio de 1940 y el 1 de octubre de 1943. En la primera de las fechas se emplea esta fórmula en vez de la de neutralidad para definir la posición de España, mientras que en la segunda se hace una declaración subrayando la estricta neutralidad en el conflicto (MORALES, 1995: 251-252).

independientemente de lo que desease el Caudillo, tal como había hecho con varios países de la Europa oriental.

En la primera fase de la guerra, desde la invasión de Polonia al comienzo de la batalla de Francia, la neutralidad española ni siquiera resultó noticiable. La situación empezó a cambiar precisamente cuando Hitler lanzó su gran campaña de primavera en el frente occidental, que hasta ese momento había permanecido extrañamente calmado en lo que vino a llamarse la «guerra de broma». El 25 de mayo, Italia todavía no había entrado en guerra, pero se preveía que lo estaba a punto de hacer. De esa fecha es el primer comentario editorial sobre España y la guerra mundial. La revista *America* apostaba por la neutralidad española en un momento en el que esta empezaba a ponerse en duda.⁸ Los motivos que presentaba para respaldar esta opinión eran básicamente dos. Por un lado, aunque Alemania e Italia hubiesen ayudado a Franco en la Guerra Civil, sostenía que el pacto germano-soviético no había gustado nada en España. La prensa española se había expresado con vehemencia contra los soviéticos en su invasión de Finlandia. *America* afirmaba también que Madrid tampoco había acogido favorablemente la violación de las neutralidades holandesa y belga. Pero, sobre todo, sostenían su predicción en la reiterada afirmación de Franco de que España estaba exhausta y que solo lucharía para defender su territorio: «Franco» -concluían- «ha mantenido sus promesas en el pasado; creemos que no flaqueará ahora».⁹ A pesar de ello, para los católicos profranquistas estadounidenses, los aliados -y los amigos de los aliados- harían bien en ser más responsablemente empáticos con el dictador español, o sea, no maltratarlo gratuitamente. Por ejemplo, un lector de *The Sign* recordaba que al régimen español no le era fácil simpatizar con unos franceses que, en su opinión, tanto habían apoyado a los republicanos, o con unos británicos que seguían ridiculizando e insultando a Franco en la prensa.¹⁰

Un acontecimiento eclesial, sin relación con la guerra, atrajo en aquel verano la atención de la prensa católica sobre España: la muerte, el 22 de agosto, del cardenal Gomá. El 7 de septiembre, el mismo día que comenzó el *Blitz*, la gran campaña alemana de bombardeos contra Londres y otras ciudades británicas, Francis Talbot extendió en *America* una necrológica de dos páginas solemnemente

8 Comentario editorial s.n. en sección «Comment» (25-5-1940), *America*. Las informaciones de *The New York Times* del 13, 16 y 17 de mayo también apostaban por la neutralidad española («Spain's Neutrality Is Again Affirmed», «Rome-London Rift Wider» y Sauerwein, J., «World View Held Big Factor in War»). Las del 19 y 22 destacaban, en cambio, una sospechosa frialdad hacia los aliados (Matthews, H. L., «Italy Dreams of Empire» y «Gift to Spanish Catholics»), incluso, como reflejan informaciones de los días 24 («Embassy to Madrid Reported for Hoare» y «Britain Is Sending Cripps To Moscow») y 27 («Madrid Seems Cool To Hoare's Mission»), ante el nombramiento en aquellos días de un embajador británico tan políticamente significativo como Samuel Hoare. De forma no menos significativa se informaba el día 25 de la interrupción de las vacaciones del embajador estadounidense y de su rápido regreso a Madrid («U. S. Envoy Cuts Vacation To Hurry Back to Spain»).

9 Comentario editorial s.n. en sección «Comment» (25-5-1940), *America*. Algunos de estos argumentos estuvieron también presentes en algunos de los artículos citados de *The New York Times*: el de la simpatía hacia las naciones agredidas de Finlandia, Países Bajos y Bélgica en «Spain's Neutrality Is Again Affirmed» (13-5-1940), y el del agotamiento posbélico en «Rome-London Rift Wider» (16-5-1940).

10 Hilton, W. G., «Mr. Carney on Spain» (8-1940), *The Sign*.

firmada como «El Director». El panegírico del fallecido arzobispo de Toledo resulta previsible en todo cuanto se refiere a su liderazgo eclesiástico durante la Guerra Civil en favor de los nacionales. Casi la mitad del obituario estuvo dedicado a resaltar su papel como principal responsable en la distribución de la ayuda recolectada por la revista durante aquellos años, destacando su caballerosa puntualidad en el agradecimiento y en la escrupulosa rendición de cuentas.¹¹ *The Sign* publicó una carta de la activista profranquista Aileen O'Brien en la que, entre otros asuntos, evocó emocionada la memoria del cardenal primado.¹² La noticia del fallecimiento del prelado español más importante durante la Guerra Civil constituía un acontecimiento de indudable interés para la prensa católica, pero resulta muy significativo que tanto Talbot como O'Brien omitiesen cualquier mención al desencuentro de GOMÁ con el régimen a raíz de su pastoral *Lecciones de la Guerra y deberes de la Paz*, publicada justo un año antes (1939),¹³ que Talbot conocía perfectamente¹⁴ y que O'Brien es poco probable que la ignorase. Parece claro que de ninguna manera se quería que el evocar la memoria del fallecido cardenal pudiese indirectamente perjudicar de algún modo la imagen de Franco entre los católicos estadounidenses, en un momento en el que los que habían sostenido que España seguiría neutral parecían estar a punto de perder su apuesta.

Quienes, desde luego, estaban en aquel momento realizando todos los esfuerzos para mantener a Franco fuera de la guerra, y proteger de este modo la estratégica plaza de Gibraltar, eran los británicos (MORADIELLOS, 2005: 111-200; WIGG, 2005: 17-50; y SÁENZ FRANCÉS y GALBRAITH, 2016: 157-164). Al hilo de esto, informaba *America* de que Vichy había acordado con México la salida de Francia de un cuarto de millón de republicanos españoles y que había prorreplicanos en Estados Unidos que estaban maniobrando para que Washington enviase barcos para este transporte. El editorialista especulaba sobre la posibilidad de que se estableciese en el vecino del sur un gobierno republicano español en el exilio.¹⁵ En realidad, en aquel momento los electos exiliados que podían formar instituciones de esa naturaleza (Gobierno, Cortes, etc.) estaban dispersos y divididos en facciones. Negrín, el último presidente del Gobierno, estaba en Londres y enfrentado con Prieto, que se había refugiado en México. No sería hasta después de la guerra cuando se constituyesen en México las instituciones de la República española en el exilio (CABEZA, 1997: 23-44). Lo verdaderamente relevante del momento de septiembre de 1940 en el que se publicó este editorial era el riesgo de que el Reino Unido, en plena batalla de Inglaterra, diese precisamente el paso de

11 Talbot, F. X., «The Soul of Cardinal Goma from the Files of AMERICA» (7-9-1940), *America*. Sobre esta iniciativa humanitaria de *America*, cf. ESCOBEDO, 2023.

12 O'Brien, A., «News from Spain» (9-1940), *The Sign*. En realidad, como se indica en una nota, no era una carta al director al uso sino una misiva personal, que el director se tomó la libertad de publicar –tal vez parcialmente– por su contenido de interés general. Sobre O'Brien: ESCOBEDO, 2023.

13 Cf. DIONISIO, 2009.

14 «Accord for Spain Seen by Primate» (14-1-1940), *The New York Times*.

15 «Spanish Troubles Again» (14-9-1940), *America*. Prieto ya había pedido ayuda a Estados Unidos, en los últimos días de la batalla de Francia, para transportar doscientos mil exiliados españoles a México («Asks Roosevelt Aid Flight From France» [21-6-1940], *The New York Times*; y «New Plea for Spaniards» [23-6-1940], *id.*).

retirar el reconocimiento a Franco para entregárselo a los republicanos exiliados. El Reino Unido estaría propagando esta especie para mantener neutral a Franco. Tal reconocimiento, incluso en el supuesto de la entrada en guerra de España junto al Eje, traería, a juicio del editorialista de *America*, funestas consecuencias: «resultaría en una nueva guerra de propaganda, involucrando a los Estados Unidos y a las repúblicas latinoamericanas. Se crearía una nueva confusión en los asuntos internacionales. Y la creciente sospecha sería correctamente dirigida contra aquellas naciones e individuos que apoyaron esta junta de españoles para sus propios propósitos».¹⁶

Algunas noticias contribuían de forma gráfica a acrecentar el nerviosismo respecto de las intenciones españolas: militares alemanes de uniforme habían sido vistos paseando por San Sebastián o en la plaza de toros de Pamplona durante los Sanfermines. La prensa católica desmentía lo que consideraba desinformaciones antifranquistas y aclaraba que los germanos uniformados estaban de permiso en sus posiciones cercanas a la frontera española, y que habían sido imprudentemente invitados por un mando local al que Franco había destituido de inmediato.¹⁷ Los continuos viajes de Serrano Súñer a Alemania e Italia también contribuían a la inquietud. *America*, sin embargo, elogiaba el temple de Franco en la defensa de la neutralidad de España, que obligaba a los periodistas norteamericanos, «siempre dispuestos a atizarle», a «mantener contenida su ira». En aquella América, todavía neutral y todavía muy neutralista, el tesón que el Caudillo ponía para no verse envuelto en una guerra a la que le empujaban Hitler, Mussolini, Serrano y los falangistas contrastaba admirablemente, a juicio del redactor jesuita, con los ánimos crecientemente intervencionistas que se respiraban en Estados Unidos: «España está luchando contra la guerra; Estados Unidos está cortejando a la guerra. España está resistiendo tremendas fuerzas que la arrastrarían a la guerra; Estados Unidos está utilizando toda su tremenda fuerza para precipitarse a sí mismo en la guerra».¹⁸

Con la llegada del invierno, se agravó la situación económica en una España que a duras penas se recuperaba de su propia guerra. Las organizaciones humanitarias extranjeras, que habían seguido prestando ayuda tras el final de la Guerra Civil, fueron retirándose progresivamente, de modo que cuando concluyó 1941 ya no quedaba ninguna (BRYDAN, 2021: 141-147). Para la prensa católica, socorrer a los españoles no era solo un deber de caridad cristiana, sino parte del esfuerzo que se podía y debía hacer para ayudar a España a mantener su neutralidad. En aquellos meses finales de 1940, la iniciativa humanitaria que el expresidente Hoover estaba organizando para aliviar las penurias de la población civil en la Polonia ocupada por nazis y soviéticos estaba siendo objeto de discusión en Estados Unidos. Se trataba, sin duda, de un propósito loable, pero también era cierto que podía beneficiar al esfuerzo de guerra alemán (JEANSONNE, 2016: 327-

16 «Spanish Troubles Again» (14-9-1940), *America*.

17 «News Reports on Nationalist Spain» (9-1940), *The Sign*; y Carney, W.P., «Light on Spain» (1-1941), *id.*

18 Comentario editorial s.n. en sección «Comment» (12-10-1940), *America*. También, *id.* (25-1-1941).

330).¹⁹ Para *America*, sin embargo, resultaba incomprensible que no se enviase más ayuda humanitaria a España, pues no solo estaba fuera de la guerra, sino que las posibilidades de que continuara estándolo se podían reforzar precisamente con este tipo de auxilios. Se señalaban, de hecho, todas las facilidades que estaban dando los británicos a Franco para reducir el incentivo de un abandono de su neutralidad: «el Gobierno de los Estados Unidos, mediante una política generosa, puede rescatar a la población española de la miseria y, quizás, a España de los nazis».²⁰ En mayo de 1941, Eileen Egan, delegada en España de la conferencia de obispos estadounidense (RODRÍGUEZ LAGO, 2022: 66), después de apelar con patetismo a la caridad cristiana, aclaraba que las exportaciones españolas de aceite de oliva a Alemania no debían entenderse como una cooperación al esfuerzo de guerra nazi, sino como una de las pocas formas de conseguir las preciadas divisas con las que comprar, por ejemplo, combustible a los aliados. Tales importaciones petrolíferas, sin embargo, estaban también sumamente restringidas porque pesaba sobre ellas la misma sospecha de que fuesen redirigidas a la maquinaria de guerra alemana, pese a que la escasez de carburante agravaba el problema alimentario en España al dificultar la distribución. La autora apuntaba, por último, a otro motivo, todavía más puramente egoísta, para aliviar la situación humanitaria en España: el tifus. La epidemia había estallado hacía poco tiempo y podía extenderse a Francia, pero también a Portugal, país que estaba muy conectado con el Reino Unido.²¹

En enero de 1941, William P. Carney, que había sido corresponsal del *New York Times* durante la Guerra Civil en el bando nacional, significándose por su simpatía hacia Franco y los sublevados,²² planteó en *The Sign* una teoría ciertamente peculiar en relación con el precario mantenimiento de la neutralidad española:

Las recientes visitas a Berlín de Ramón Serrano Súñer (...) no fueron para el propósito de discutir cuándo España debería entrar en la guerra, como fue generalmente conjeturado aquí en la prensa. Serrano Súñer fue a urgir a Hitler y a Von Ribbentrop para que usasen todos sus poderes de persuasión para convencer a Mussolini y a Ciano de que un ataque sobre Gibraltar, que forzaría la entrada de España en la guerra en el lado del Eje, era desaconsejable. Se dijo que Ciano, más que Hitler, favorece este movimiento.

¹⁹ Esta iniciativa de Hoover fue muy similar a la que el mismo expresidente impulsó antes de llegar a la Casa Blanca durante la Primera Guerra Mundial, para socorrer a la población civil en Bélgica y la parte de Francia ocupada por los alemanes, y que generó el mismo tipo de dudas (cf. DRUELLE-KORN, 2018).

²⁰ Comentario editorial s.n. en sección «Comment» (21-12-1940), *America*.

²¹ Egan, E., «Grim Horsemen Soon May Ride Out of Prostrate Spain» (24-5-1941), *America*. En un sentido similar: comentario editorial s.n. en sección «Comment» (12-7-1941), *id.*; Tragesser, G. H., «True Light» (21-6-1941), *id.*; y Swing, P. M., «Food for Spain» (26-7-1941), *id.*

²² «War in Spain: Famine» (31-10-1938), *Time* (disponible en internet en: <https://time.com/vault/issue/1938-10-31/page/17/>). Consultado el 27-6-2022. La consulta de la hemeroteca digital del *New York Times* nos permite deducir que Carney fue corresponsal en España desde enero de 1934 hasta julio de 1939. Luego estuvo en la corresponsalía de Ciudad de México entre julio de 1947 y julio de 1949. Consultado el 15-6-2022.

En la página y media precedente, Carney se había extendido detalladamente en caracterizar al yerno del *Duce* precisamente como el principal instigador del belicismo italiano, tanto durante la Guerra Civil española como en la fracasada campaña balcánica. Sin embargo, al mismo tiempo lanzó la advertencia de que Franco sí entraría inmediatamente en la guerra si los británicos intentaban una operación gaullista contra el protectorado francés en Marruecos, ya que la expectativa de España era justamente la de apoderarse completamente del reino alauita. Esto último, sin embargo, lo apuntaba más bien para reforzar el argumento de que la sospecha de que Franco tuviese planes con cualquiera de las antiguas colonias españolas en América o Asia era sencillamente «ridícula». Carney, incluso, descartaba que Franco fuese a aprovecharse de la debilidad extrema del Reino Unido para apoderarse de Gibraltar, porque tal acción, de acuerdo con su peculiar punto de vista, no se correspondería con una «tradición quijotesca, que en modo alguno está muerta en España».²³

En cualquier caso, a lo largo de la primera mitad de 1941, fue quedando claro que España no iba a entrar en guerra hasta que la victoria alemana estuviese a punto de producirse, así como que, por el momento, para Hitler no era tampoco tan importante apoderarse del estrecho de Gibraltar. Significativamente, la prensa católica apenas prestó atención a España durante estos meses. Más adelante, incluso, el envío de una división de voluntarios al frente ruso también pasó casi desapercibido. En los primeros días de la operación Barbarroja, se generó alguna expectativa, especialmente en España, de que el papa manifestase alguna benevolencia hacia la «cruzada antibolchevique» del Eje, que quedó rápidamente defraudada.²⁴ El régimen español justificó el envío de la División Azul como parte de un esfuerzo multinacional –el *Reich* reclutó voluntarios también en los países ocupados y colaboracionistas–, como una «"cruzada por los dogmas fundamentales de la civilización en la que vivimos"». Tales dogmas fundamentales, sin duda», –ironizaba a continuación con acritud el redactor de *Commonweal*– «incluyen el antisemitismo, los viejos dioses teutónicos y la irrelevancia de la verdad».²⁵ Pese a esta crítica, llama la atención la poca relevancia que se le dio a que Franco permitiese y alentase la formación de una entera división de soldados españoles dentro del orden de batalla de la *Wehrmacht*.

3. EL CATOLICISMO Y LA INFLUENCIA NAZI EN ESPAÑA

El interés por España aumentó, sin embargo, tras Pearl Harbor y la entrada de Estados Unidos en la guerra. A partir de noviembre de 1941, si España entraba en guerra –junto al Eje, claro está– se convertiría automáticamente en enemiga de Estados Unidos. Y esa posibilidad, como sabemos, nunca dejó de estar presente. En ese nuevo contexto el factor católico fue más importante que nunca. En Estados Unidos, y no solo entre los católicos, se percibía que entre religión y

23 Carney, W. P., «Light on Spain» (1-1941), *The Sign*.

24 Matthews, H. L., «Pope Keeps Silent on Axis 'Crusade'» (30-6-1941), *The New York Times*.

25 «The Franco Note to Latin America» (8-8-1941), *The Commonweal*.

fascismo existía una tensión que podía ser más o menos latente, o más o menos declarada, pero que en cualquier caso daba como resultado que la primera ejercía de contención del segundo. En otros países, tal contención ya había fracasado en gran medida, pero en España tal vez todavía no (RODRÍGUEZ LAGO, 2022: 60-62, 67). La prensa católica se encargó, precisamente, de subrayar las resistencias católicas a la creciente influencia política y cultural del nazismo en España. A Roosevelt, en consecuencia, puede decirse que le interesaba un franquismo lo más «católico» posible, en tanto en cuanto tal cosa podía significar un dique a la influencia nazi.

En este sentido debe entenderse también la estratégica decisión del presidente de enviar, en mayo de 1942, como embajador en Madrid a Carlton J. H. Hayes (THOMÁS, 2010: 21-25; 2016a). Profesor de ciencia política en Columbia y acreditado historiador, Hayes no era diplomático de carrera, pero sí un intelectual de amplio y reconocido prestigio. La característica personal más significativa del nuevo embajador era, empero, que se trataba de un católico converso, particularmente comprometido intelectual y personalmente con su fe. Hayes se había significado durante los años previos como un notable adversario del totalitarismo, tanto de derechas como de izquierdas. En el ámbito internacional era ferviente partidario de la intervención norteamericana en la guerra mundial. Consideraba que Estados Unidos, como gran potencia democrática, se comportaba irresponsablemente inhibiéndose ante la amenaza del totalitarismo y criticó con dureza tanto el aislacionismo de Entreguerras como el insensato revanchismo que inspiraba la política de reparaciones que se había impuesto a Alemania. Durante la Guerra Civil española, se mantuvo alejado tanto del generalizado ambiente prorrepblicano como de las actitudes más claramente profranquistas que predominaban en los círculos culturales católicos. Firmó junto con otros 174 la carta colectiva de intelectuales católicos en respuesta a la firmada a su vez por 150 personalidades protestantes para atacar la histórica pastoral colectiva de los obispos españoles del verano de 1937 (THOMÁS, 2016a: 14-21).²⁶

Roosevelt enviaba, por lo tanto, a Madrid a alguien que era todo lo profranquista que podía llegar a ser el representante de unos Estados Unidos en guerra con los fascismos, y lo hacía precisamente para evitar que España abandonase su neutralidad. Sin embargo, el nombramiento del declaradamente católico Hayes contrarió a algunos líderes religiosos protestantes que se habían destacado por su antifranquismo, hasta el punto de firmar un manifiesto en el que llegaron a pedir al presidente que declarase la guerra a España. El editorialista de *America* les dedicó duros calificativos:

Pareciera que odian más al presente gobierno de España de lo que aman a los Estados Unidos. Justo ahora, el Gobierno estadounidense está esforzándose en mantener relaciones pacíficas con España, y para ese propósito ha enviado a un distinguido estadounidense, el profesor Carlton Hayes, como nuevo embajador en España. Es el propósito y la determinación de nuestro Gobierno fortalecer la determinación y

²⁶ MORADIELLOS (2005: 136) subraya que también Samuel Hoare, el embajador escogido por Churchill para mantener a España neutral en el momento crítico de mayo de 1940, había sido claro partidario del bando franquista durante la Guerra Civil.

la esperanza del Gobierno y el pueblo de España de mantenerse libres de las garras del pulpo nazi. [Este] grupo de clérigos protestantes está tan cegado respecto de nuestros propios intereses nacionales como para firmar un manifiesto exigiendo que los Estados Unidos declaren la guerra a España.²⁷

Dos semanas después, otro editorial de *America* volvía a recalcar la importancia de tratar bien a España para mantenerla neutral. Ese mismo editorial sugería paciencia con Vichy, pero sobre todo una actitud positiva hacia España y Portugal, que les convenciese de que «su mejor futuro será resultado de una más estrecha relación con los aliados». Se ponderaba una vez más el orgullo español, que no aceptaría de buen grado un tutelaje extranjero, como sería el alemán, o que resistiría con energía un intento de invasión. Ideológicamente, además, «los españoles son diametralmente opuestos a la irreligión y el paganismo de Hitler. Salvo que sean engañados o mantenidos en la ignorancia, no pueden tener más que un completo antagonismo hacia los conceptos y dogmas antirreligiosos nazis». Significativamente, se citan unas palabras de Hayes, antes de su partida hacia Madrid: «sabiamente remarcó que entendimiento, simpatía y justicia hacia el pueblo español no es apaciguamiento».²⁸ *Appeasement*, la palabra maldita que condujo a la guerra.

Significativamente, la llegada de Hayes coincidió con la pastoral de un obispo español que recordaba que el papa había condenado «la ideología racial del nazismo (...), sobre todo por medio de la (...) “*Mit brennender Sorge*”». En su deseo de dar relieve a esas resistencias católicas, *Commonweal* se dejó tal vez llevar por el entusiasmo al calificar de «importante diócesis» a Calahorra, que era la sede de Fidel García Martínez, el autor de la pastoral citada.²⁹ En cualquier caso, las palabras del prelado riojano venían a corroborar el pormenorizado análisis de situación que un colaborador de la revista neoyorkina había realizado unas semanas antes.³⁰ Su autor fue Wilhem Solzbacher, un católico alemán exiliado en Estados Unidos, lingüista y esperantista, militante pacifista en el periodo de Entreguerras (s.n., 1952: 107; BARRY, 2012: 122), que había viajado a España durante el verano de 1941.

El punto de partida de su argumento era que la relación entre la ideología totalitaria propia de España –o sea, el falangismo– y el catolicismo no podía considerarse análoga a la italiana. El fascismo italiano reconocía la realidad de Italia como un país católico, pero la ideología mussoliniana en sí misma no se reconocía como tal. El falangismo español, en cambio, era definitivamente católico. La propia Santa Sede, tras los Pactos Lateranenses, se encargó de subrayar que el adjetivo «totalitario», que tanto placía a los fascistas italianos, no podía en modo alguno aplicarse a la sociedad entera –en realidad, su único significado posible– sino que debía entenderse como relativo solo a aquello «que pertenece a la competencia del Estado». Poco después, sin embargo, Pío XI denunció en *Non abbiamo bisogno*

27 Comentario editorial s.n. en sección «Comment» (9-5-1942), *America*.

28 «Win Spain» (23-5-1942), *America*.

29 Williams, M., «Views & Reviews» (5-6-1942), *The Commonweal*. Sobre la pastoral de García Martínez y el contexto de las tensiones entre la Iglesia y la influencia nazi: SAN FELIPE, 2014: 187-335.

30 Solzbacher, W., «The Church and the Spanish State» (27-2-1942), *The Commonweal*.

el intento fascista de monopolizar la educación para una «estataltría» pagana. Contra el falangismo, por el contrario, no se fulminó documento alguno, ni antes de la fecha del artículo ni después, ni por el papa ni por ningún obispo. Solzbacher destacaba –aunque sin mencionar que se trataba, en realidad, de una imposición de Franco y en modo alguno una unión voluntaria– el hecho de que el partido único español era la amalgama de «los revolucionarios nacionalsindicalistas y los (...) carlistas conservadores», de quienes afirmaba que eran «casi diametralmente opuestos entre sí en temperamento e ideas», recordando que «esta diferencia continúa existiendo entre bambalinas». Constató, de todos modos, cómo, en aquellos momentos de cénit del nazismo, «no cabe duda de que las influencias conservadoras están en declive y de que los extremistas de la ideología totalitaria inspirada por el nacionalsocialismo alemán han realizado alarmantes progresos». Advertía del peso creciente que tenían «en la maquinaria del partido, en la prensa, en la radio» y en el movimiento juvenil.

La influencia alemana se sustanciaba también a través de los grandes recursos de propaganda que manejaba la embajada germana, que generaba una verdadera dependencia económica en la prensa española. Además, las emisoras alemanas en lengua española se captaban en varias sintonías de onda larga. El autor calculó la diferencia de horas de emisión en España de las radios nazis en contraposición a la Radio Vaticana: casi 42 horas frente a apenas 4. Una de las líneas argumentales de esas radios alemanas era, precisamente, las invectivas contra los «llamados “católicos políticos”, a los que se acusa de ser aliados del bolchevismo». Solzbacher aseguraba, además, que la censura oficial franquista eliminaba cualquier referencia a las persecuciones que sufría la Iglesia a manos de los nazis en Alemania y en la Europa ocupada. De todos modos, incluso en el caso de que llegasen noticias de sacerdotes encarcelados, el autor deducía que tales informaciones «no causan gran impresión en España, en tanto en cuanto esos sacerdotes sean presentados como representantes de un catolicismo “político” o “izquierdista”», apoyándose para ello en el hecho de que en la misma España había un buen número de curas encarcelados o represaliados por sus ideas estrictamente políticas, mayormente nacionalistas vascos.

Tampoco encontraban fácil eco «las declaraciones del Santo Padre sobre el carácter anticristiano del racismo y del nacionalsocialismo». Solzbacher trató de esclarecer la cuestión de la difusión de la *Mit brennender Sorge* en España, sobre la que reconocía contar con informaciones contradictorias. Comentó que, cuando se publicó en marzo de 1937, no apareció en la prensa de la zona nacional, pero que «pudo ser reproducida y comentada en *Razón y Fe*, la revista de los padres jesuitas, y posiblemente en otras publicaciones eclesiásticas»,³¹ al mismo tiempo que fue utilizada propagandísticamente por la radio y la prensa republicanas, con el correspondiente impacto en las audiencias de la zona sublevada. Posteriormente fue publicada como folleto o como parte de recopilaciones magisteriales en

31 Solzbacher, W., «The Church and the Spanish State» (27-2-1942), *The Commonweal*. Fue publicada en los primeros meses de 1938, además de por la mencionada *Razón y Fe*, por la mayoría de los boletines diocesanos en circulación y, más tarde, en febrero de 1939 por *Signo*, una revista de la Acción Católica (SAN FELIPE, 2014: 142-143). Sobre la publicación de la *Mit brennender Sorge* en España: cf. *id.*: 138-145.

los años inmediatamente posteriores al final de la Guerra Civil. Todo ello le permite concluir que, aunque no fuese en detalle, podía ser un dato ampliamente conocido por los católicos españoles que ciertos aspectos del nazismo habían sido formalmente condenados por Roma. La propaganda alemana podía en parte contrarrestar esto con las «declaraciones de esos tres o cuatro curas alemanes, polacos u holandeses que no se avergüenzan de trabajar para el Dr. Goebbels».

Otra línea argumental de Solzbacher giró en torno a la edición de 1941 del *Anuario social de España*, que publicaba la revista jesuita *Fomento Social*. Conjeturaba que «a los extremistas falangistas probablemente no les habrá gustado, y no estoy seguro de si el retraso en su publicación (que iba a producirse mucho antes) no fue en parte causada por el censor político». Este anuario recogía magisterio romano que condenaba aspectos diversos del nazismo. Aunque se guardaba de referirse expresamente a Alemania, «muchos, sino la mayoría, de los lectores no ignorarán a qué se refiere. (...) a pesar de la necesaria precaución hacia el poderoso país que controla el “Nuevo Orden” al que la España falangista profesa lealtad, el *Anuario* contiene abundancia de antídoto contra el veneno nórdico que amenaza continuamente a España en forma de ideologías totalitarias». ³² De nuevo, el espíritu latino y católico frente a los males europeos de raíz protestante. ³³ Junto al *Anuario social de España*, el autor destaca las cartas pastorales de varios obispos, que no nombra, «contra los peligros del estatismo». Por otro lado, «Varios serios esfuerzos se han hecho para proteger a la España católica de aspectos del materialismo biológico, como las leyes de esterilización, la educación racista de la juventud, “reformas” sexuales y sobre el matrimonio para el supuesto propósito de “mejorar la raza”». Sin embargo, el único ejemplo que empleó el autor para sostener esta sorprendente afirmación fue una conferencia del padre jesuita Peiró recogida en *Signo* el 23 de agosto de 1941, en la que se denunciaban esas legislaciones, aunque sin mencionar expresamente a Alemania.

En relación con la política de agresión nazi, para Solzbacher resultaban significativas las conclusiones publicadas en *Ecclesia* el 15 de agosto de 1941 por unos círculos de estudio de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas sobre el orden moral en la sociedad internacional, que contrastaban netamente con lo propugnado y practicado por nazis y fascistas. En este sentido, el autor se lamentaba de la casi total falta de reciprocidad en el influjo cultural. El despliegue alemán contrastaba con la ausencia, incluso dentro de sus limitadas posibilidades económicas, de una diplomacia cultural española en Alemania, que renunciaba por completo a dirigir desde España una «propaganda católica en la Alemania nazi». Citaba en este sentido la excepción de una conferencia en Alemania de Jesús E. Casariego, director de *El Alcázar* y antiguo vicepresidente de la Juventud Católica de Asturias, sobre Humboldt y América, en la que pudo desplegar algunos argumentos cristianos sobre la unidad de la raza humana. Solzbacher concluía su artículo reconociendo, en definitiva, que disponía de poca información como para poder emitir un juicio más completo sobre la capacidad de la cultura

³² Solzbacher, W., «The Church and the Spanish State» (27-2-1942), *The Commonweal*.

³³ Significativamente, esta era la argumentación que empleaba Gomá para tranquilizar la preocupación que despertaba en Roma el ascendiente nazi en la España franquista (SAN FELIPE, 2014: 143-144).

católica española para contener la influencia nazi, aunque sí la «suficiente para afirmar que de ningún modo toda esperanza está perdida».³⁴

Dentro de España, en efecto, el creciente poder de la Falange y de su poderoso líder, Serrano Súñer, estaban generando preocupación y malestar en otros sectores del régimen. La llegada de Hayes a España no solo coincidió con la pastoral antinazi del obispo García Martínez, sino también con un momento de agudo enfrentamiento entre Serrano y los falangistas con los ministros militares. Durante los meses siguientes, las tensiones entre los falangistas y todos aquellos que, por un motivo u otro, recelaban de su ascendiente fueron intensificándose hasta que un sonoro episodio violento, el atentado de Begoña, el 15 de agosto de 1942, perpetrado por unos falangistas contra una multitud de carlistas que salían de una misa por sus caídos en la Guerra Civil, convenció a Franco de la necesidad de poner freno a la Falange y a las ambiciones de su concuñado. Apenas dos semanas después, el 3 de septiembre, Serrano fue destituido (THOMAS, 2016b: 119-242). La noticia, por supuesto, fue recibida con gran satisfacción en la redacción de *America*. Las posibilidades, siempre más o menos próximas, de que España entrase en la guerra se aminoraban indudablemente en este nuevo escenario. Sin embargo, al semanario jesuita le seguía preocupando que este giro positivo de los acontecimientos en España quedase peligrosamente contrarrestado por los antifranquistas de Estados Unidos, que no cesaban en sus esfuerzos por «hacer naufragar la paz existente entre los Estados Unidos y España», y a los que no parecía importarles, «con tal de mantener su permanente odio hacia el régimen de Franco», que España se uniese al Eje. «Sus ideologías tienen más valor para ellos que la victoria de las Naciones Unidas», afirmaba indignado el editorialista. *America* otorgaba un gran mérito a España por haber conseguido mantenerse todo este tiempo al margen de la guerra, a pesar de lo tentador que hubiera resultado para Franco abrazarse a los que, en aquel momento, parecían seguros ganadores del conflicto. El carácter católico de la nación española era, para los redactores de *America*, el principal antídoto contra el paganismo nazi, como lo demostraba la creciente hostilidad que un escritor inglés católico, que acababa de volver de España, había observado hacia el nazismo por parte de la Iglesia española.³⁵

La contención e incluso cierto declive de la influencia alemana precedió al momento –desde el punto de vista español– más decisivo de la guerra: la operación Antorcha, el desembarco aliado en el norte de África. España se apresuró a reiterar su no beligerancia al tiempo que movilizó a sus fuerzas armadas para responder a un posible ataque bien de los aliados, bien del Eje.³⁶ Indudablemente, el riesgo

34 Solzbacher, W., «The Church and the Spanish State» (27-2-1942), *The Commonweal*.

35 «Keep Spain From the Axis» (12-9-1942), *America*. Se refiere el editorial a las declaraciones hechas unos días antes por Arnold H. M. Lunn a la Associated Press («Church Called Foe Of Nazis In Spain» [31-8-1942], *The New York Times*). Conocido sobre todo por ser uno de los iniciadores del esquí moderno, Lunn fue un autor prolífico y variado, que también destacó en el ámbito de la apologética católica («Sir Arnold Lunn, Slalom Inventor» [3-6-1974], *The New York Times*).

36 «Spain Encourages London» (14-11-1942), *The New York Times*; Huston, L. A., «Spain and Portugal Remain Neutral» (15-11-1942), *id.*; Brigham, D. T., «Spain Is Mobilizing Her Forces in Part» (18-11-1942), *id.*; y «Army of 1,000,000 Is Seen» y «Spain Will Resist Coup By Either Side» (20-11-1942), *id.*, entre otros.

de que España se viese envuelta en la guerra, con o sin su consentimiento, era muy alto. *America* especulaba sobre la posibilidad de que Alemania cruzase los Pirineos, pero confiaba en que, como siglo y medio antes Napoleón, Hitler se empantanase en España³⁷ como parecía que ya lo estaba haciendo en Rusia.

4. UNA ANIMADVERSIÓN CRECIENTE HACIA FRANCO

Tras el desembarco aliado en el norte de África –y la victoria británica en El Alamein–, en noviembre de 1942, Churchill exclamó con clarividencia: «Esto no es el fin. Ni siquiera es el comienzo del fin. Pero sí es, tal vez, el fin del principio».³⁸ La guerra cambiaba de curso, sí. La hipótesis de la victoria aliada empezaba a ser la más verosímil, sí. Sin embargo, al mismo tiempo, esa esperanza tenía que convivir con la certeza de que quedaba aún mucha guerra. Cuanto más cerca se veía la derrota de Hitler, más se acumulaba al mismo tiempo el cansancio y el sufrimiento. Y más disminuía el umbral de tolerancia hacia Franco y su régimen. Más tarde, a partir del verano de 1944, con los alemanes fuera ya de los Pirineos, la neutralidad española no solo perdió casi todo su valor estratégico para los aliados, sino que poco a poco se fue convirtiendo en un dato prácticamente irrelevante a la hora de percibir a Franco como el último dictador fascista, que debía, en consecuencia, compartir el destino de Hitler y Mussolini. La animadversión hacia Franco, que siempre había sido mayoritaria en la opinión pública norteamericana, fue aumentando e intensificándose. La prensa católica profranquista trabajó en contrarrestar la tendencia, si bien ni siquiera ella era ajena al estado de ánimo general y toleraba cada vez peor «la halagadora atención que el lenguaje de Franco presta a Hitler y Mussolini».³⁹ Algunos meses después, un lector de *America* recordaba que el papa había condenado a «aquellos que osan situar la fortuna de naciones enteras en las manos de un solo hombre, que como tal es presa de pasiones, errores y sueños».⁴⁰

En ese contexto hay que comprender también la creciente reserva de los medios hacia la labor del embajador Hayes. Sus esfuerzos parecían, en efecto, haber contribuido decisivamente hasta ese momento a mantener a España neutral, pero las relaciones económicas con el Eje no se habían reducido tanto como los aliados deseaban, especialmente en lo relativo a la exportación del estratégico wolframio. Muchos se preguntaban con cada vez más frecuencia y con preocupación si la actitud complaciente de Hayes con la dictadura española no estaba yendo tal vez demasiado lejos. El embajador, además, protagonizó algunos acontecimientos que

37 Comentario editorial s.n. en sección «Comment» (28-11-1942), *America*.

38 «Prime Minister Churchill's Speech» (11-11-1942), *The New York Times*.

39 Comentario editorial s.n. en la sección «Comment» (19-12-1942), *America*. En esta ocasión la revista jesuita lamentaba en concreto un discurso de Franco que había sido particularmente obsequioso con la guerra anticomunista de Hitler en Rusia («Franco Says World's Choice Is Fascism or Communism» [9-12-1942], *The New York Times*). Los británicos le quitaron importancia a lo que consideraron mera palabrería para complacer al Eje («British Circles' View» [9-12-1942], *id.*), pero al *New York Times* no le gustaron nada esas palabras («Spain and the Democracies» [10-12-1942], *id.*).

40 Facey, P. W., «The Pope on dictatorship» (23-12-1944), *America*.

contribuyeron a aumentar considerablemente el disgusto en Estados Unidos. En febrero de 1943, pronunció un discurso ante la Cámara de Comercio Americana de Barcelona en el que no ahorró loas al Gobierno español, además de subrayar la generosidad estadounidense con el abastecimiento de petróleo, del que destacaba, muy significativamente, que era «superior a la distribución per cápita actual [de que disponen] los habitantes de la costa atlántica de Estados Unidos». Conviene recordar que en aquel momento los derivados del petróleo estaban racionados en Estados Unidos. Meses después, en junio, incluso se enfrentó con el secretario Hull al obstaculizar frontalmente las directrices del Comité de Operaciones para la Península Ibérica y del *Board of Economic Warfare* de reducir el flujo de petróleo hacia España. No se aireó su desobediencia por ser un designado directo del presidente y para no dar una imagen de división ante los españoles. Lejos de enfriar su simpatía por el régimen español, como se estaba haciendo en Estados Unidos, el embajador Hayes parecía cada vez mejor predispuesto hacia Franco, lo que generó un creciente malestar en el seno de la administración Roosevelt y en la prensa. La postura de Hayes siempre se justificó –lo vemos continuamente en las informaciones de *America*– por la necesidad de una contemporización que mantuviese alejado a Franco de la guerra. Para el historiador que mejor ha estudiado su misión en España, Hayes estaba haciendo una interpretación cada vez más personal del cometido encargado por el presidente, como quedó demostrado *a posteriori*, con el activismo profranquista que desplegaría tras su cese, durante los años del aislamiento internacional del régimen español (THOMÁS, 2016a: 29, 30 y 25).

Mientras tanto, como constataba *America* con preocupación, el clima en contra de la España «no beligerante» se enrarecía por momentos en unos Estados Unidos inmersos en la guerra total. Se multiplicaban los mítines en los que se acusaba a Franco de fascista⁴¹ y medios tan poderosos como *Time* o *Life* adoptaban una postura cada vez más hostil hacia España. En abril, *Inside Fascist Spain* fue el documental mensual del noticiario «The March of Time».⁴² Producido por la empresa editora de la revista *Time*, «The March of Time» era uno de los noticiarios cinematográficos más importantes en los Estados Unidos de entonces (FIELDING, 1978).⁴³ Que el documental de abril de 1943 estuviese dedicado a mostrar a una España claramente fascista, con intenciones imperialistas en Latinoamérica, podía tener un efecto significativo en la opinión pública estadounidense. El editorialista de *America* comenzaba su pieza recordando lo insensato de involucrar a España en la guerra:

¿Queremos ir a la guerra con España? (...) ¿Es nuestra intención que el general Franco abandone su neutralidad, le declare la guerra a los Estados Unidos e invite a Hitler a la península española? ¿Es este el paso a dar deseable y práctico mientras estamos

41 «Spanish Fears» (27-3-1943), *America*.

42 «The Plan for Spain» (1-5-1943), *America*.

43 Sobre *Inside Fascist Spain* en particular: 279 y 340. Una copia del documental está disponible en línea, gracias a la productora Quindrop: <https://vimeo.com/157414906>. Consultado el 15-6-2022. También, cf. THOMÁS, 2016a: 28.

todavía luchando con los bregados y afianzados nazis en Túnez? (...) estamos siendo urgidos abierta y entusiastamente a luchar contra España. El presidente y el Departamento de Estado son continuamente atacados porque rechazan acceder a estas demandas.

Quiénes lo promovían, a juicio de *America*, estaba claro: los gobiernos izquierdistas de México y Uruguay, así como los exiliados republicanos en el hemisferio americano. A esa campaña se había unido el grupo Time, «junto con las revistas declaradamente progresistas y anticatólicas». Para el semanario jesuita, se adivinaba la fabricación de un eje fantasma de España, Portugal y el Vaticano, en el que «el papa se cierne como el *verdadero* [énfasis en el original] archienemigo, tal como ya lo venía diciendo desde hace tiempo el Ku Klux Klan». La revista neoyorkina se mantenía en su línea editorial, aunque se resentía crecientemente de la represión que ejercía el régimen sobre su propia población. En este sentido, llama la atención el postrero apunte sobre el problema vasco, «una de las poblaciones más católicas del mundo».44 Parece claro que el *lobby* vasco, del que nos ocuparemos en otra publicación, estaba ya labrando su camino en la redacción de *America*.

El semanario jesuita estaba ciertamente empezando a flaquear en su acrisolado profranquismo. Resulta muy significativo, en este sentido, el editorial del 22 de mayo de 1943. Pío XII había exhortado por enésima vez a la paz y Franco se había adherido a los ruegos del papa. Sin embargo, se preguntaba *America*, «Cuál es el tipo de razonamiento con el que el generalísimo Francisco Franco intenta asociar su propio llamamiento a la paz del 10 de mayo con las oraciones por la paz de nuestro Santo Padre en Roma es algo que no está nada claro». La interpretación que los católicos estadounidenses, en guerra total contra Hitler y Mussolini, hacían de los ruegos pontificios no era el de la paz como una mera ausencia de guerra, sino el de «una paz justa, que garantice a todos los hombres sus derechos fundamentales y proscriba» toda forma de totalitarismo. *America* le pedía a Franco claridad respecto a sus intenciones y a su lenguaje: «Si esto es lo que el general Franco realmente tiene en mente, será de gran ayuda para su causa y para la de todo el mundo católico que lo diga abiertamente». La revista, sin embargo, se lamentaba de que el discurso de Franco parecía en realidad estar más condicionado por su alianza tácita con el Eje que por una inspiración sinceramente católica. Estas palabras de Franco que comentaba *America* llegaron tan solo tres días antes del final de los combates en África: «Para los propósitos de la propaganda alemana, particularmente en relación con Rusia», resultaba oportuno sondear posibilidades de paz con los aliados. Que Berlín hiciese tal cosa directamente resultaba imposible; el discurso de Franco podía en cambio estar tanteando el terreno. «La experiencia ha demostrado abundantemente la habilidad y duplicidad con la que Hitler utiliza, para sus propios propósitos, la en sí misma bien fundada advertencia que el general Franco plantea sobre el siempre presente peligro comunista». Por ello, los aliados no debían, a juicio de la revista, ni dejarse engañar por Hitler ni tampoco por los liberales anticatólicos empeñados

44 «The Plan for Spain» (1-5-1943), *America*.

en presentar a Franco como la quintaesencia de una especie de cristofascismo católico.⁴⁵ Resultaba fácil sin embargo ser presa de tal «engaño», puesto que el mismo discurso franquista insistía a menudo en que al comunismo solo lo estaban combatiendo los fascismos. Esto, en aquel momento, era bastante cierto, aunque también lo era el decir «Que el fascismo es la necesaria alternativa al comunismo es precisamente la tesis en línea con el partido comunista. Pero no es la tesis de la Iglesia católica (...) ni tampoco parece acorde con los pronunciamientos recientes de la jerarquía española».⁴⁶

Algunos gestos amistosos hacia los aliados ayudaron a que la tensión no escalase más durante aquel 1943: la retirada de la División Azul, el tránsito de veinte mil refugiados franceses, la mayoría en edad militar, hacia el norte de África tras la ocupación de la zona libre, la evacuación de aviadores aliados, el establecimiento de relaciones oficiosas con el Comité de Argel y, sobre todo, una cuestión puramente nominal, pero que se había revelado suficientemente relevante: el abandono de la política de «no beligerancia» (THOMÁS, 2016a: 30). Hubo en cambio un gesto, de índole todavía menor a los arriba indicados, que fue muy mal recibido en Estados Unidos: el «calculado insulto» –como lo calificó el *New York Times*⁴⁷– de felicitar al presidente títere establecido por los japoneses en Filipinas. Otra cabecera neoyorkina descalificó la postura de Hayes como de «nauseabunda efusividad». Desde luego, este incidente fue aprovechado por Washington «para apretarle las tuercas a España» y de paso al mismo embajador en Madrid (THOMÁS, 2016a: 30-31).

Con todo, el final de la «no beligerancia» permitió a *America* renovar su línea profranquista. España debía ser ayudada a acercarse a los principios de las Naciones Unidas por medio de la estrategia de mano tendida del embajador Hayes. Para la revista jesuita, la declaración de «estricta neutralidad» abría una nueva y prometedora etapa para España: «La infeliz España, víctima de sus propias alianzas, es libre al fin de hacer sus propios amigos, sin las dificultades del desorden interno ni del vecino amenazante. Esos amigos vienen del oeste».⁴⁸ Un artículo en *The Catholic World* defendió que si España se había mostrado en algún momento demasiado próxima al Eje esto había sido así no solo por la ayuda que había recibido el bando franquista en la Guerra Civil sino también porque adoptar una postura diferente, a la altura de 1940, hubiera estado desprovista de todo realismo: Francia vencida, Gran Bretaña casi, la Unión Soviética desinteresada de la guerra por el pacto Ribbentrop-Molotov y los dos candidatos a la presidencia de Estados Unidos prometiendo mantener al país fuera de la guerra. Posteriormente, el envío de la División Azul –a la que no llama por su nombre– debía entenderse únicamente como una manifestación, casi inevitable, del anticomunismo y el entusiasmo belicista de la juventud española, pero «Los reveses experimentados por las potencias del Eje en Rusia, Egipto y Túnez convencieron a los jóvenes nacionalistas de España cuán clarividente había sido la política de neutralidad de

45 «Peace and Franco» (22-5-1943), *America*.

46 Comentario editorial s.n. en la sección «Comment» (19-12-1942), *America*.

47 «Franco Salutes a Puppet» (4-11-1943), *The New York Times*.

48 «West Wind Blowing» (2-10-1943), *America*.

Franco», la cual se mantuvo incluso en el delicado momento en el que un ataque alemán desde el Marruecos español podría haber comprometido seriamente la operación Antorcha. Más allá de estas consideraciones estratégicas, la autora insistía en los bien conocidos argumentos de la absoluta postración económica de España, que era la principal razón que se esgrimía para mantener al país fuera de la guerra, ya con un bando o con el otro.⁴⁹

5. PREPARANDO UNA HIPOTÉTICA ESPAÑA POST-FRANCO

Del 19 al 24 de octubre de 1944, varios miles de guerrilleros antifranquistas cruzaron la frontera pirenaica, trabando combate con Ejército y Guardia Civil fundamentalmente en el valle de Arán. Comprensiblemente, la propaganda republicana exageró todo lo que pudo el alcance de los acontecimientos, mientras que, por su lado, la franquista trató de reducirlos a la práctica irrelevancia.⁵⁰ Sea como fuere, estos acontecimientos solamente ponían de manifiesto que, una vez desprovisto de sus socios alemán e italiano, el futuro de Franco estaba cada vez más lleno de incertidumbre.

En el último número del año 1944, John LaFarge escribió un largo artículo que puede considerarse en buena medida programático de la línea editorial de *America* –y por ende de una parte importante de la opinión católica publicada– acerca de la actitud que debía tenerse hacia España ahora que el final de la guerra en Europa se acercaba a su fin y el futuro del régimen se volvía altamente incierto.⁵¹ LaFarge daba crédito, en este sentido, a los rumores de que los obispos españoles veían al «régimen de Franco como un expediente temporal», que estaban «a favor de la restauración de una monarquía constitucional» y «que incluso no se opondrían a una república, siempre que esta esté libre del control comunista». Se hacía eco también de lo afirmado por José BERGAMÍN en *Foreign Affairs* (1944: 123-129) de que Gil Robles había escrito al ministro «de la Guerra» (sic) para que los militares derrocasen a Franco y restaurasen la monarquía para salvar al país de la anarquía.⁵² El padre LaFarge organizó su propuesta en tres apartados claramente diferenciados: independencia, buen gobierno y pleno desarrollo de la religión. Los

49 Planelles, M. S. de, «What Will Spain Do?» (11-1943), *The Catholic World*. Como se mencionó anteriormente, este artículo es el único que utilizamos de esta revista. *The Catholic World* fue promovida por Isaac Hecker y los padres paulistas al finalizar la guerra de Secesión. Se publicó continuamente hasta 1996, con contribuciones de cuidado estilo literario (COMBER, 1997). Durante el periodo estudiado (1939-1945) tuvo una línea netamente profranquista.

50 «Republicans Gains Reported» (23-10-1944), *The New York Times*; «Guerrilla Activities Spreading» (24-10-1944), *id.*; «Underground Bids Spaniards Revolt» (25-10-1944), *id.*; «On Spain's Border» (29-10-1944), *id.*; «Spanish Reports Clash» (5-11-1944), *id.* El editorialista de *America*, por supuesto, se adhirió completamente a la versión oficial de Madrid: «What Goes on Here?» (11-11-1944). Sobre los acontecimientos del valle de Arán en 1944, cf. CHAVES (2022: 56-72).

51 LaFarge, J., «The Future of Spain» (30-12-1944), *America*. Sobre el padre LaFarge, cf. Keane, J. T y McDermott, J., «The Manner Is Extraordinary: The life of John LaFarge» (27-10-2008), *id.*

52 LaFarge, J., «The Future of Spain» (30-12-1944), *America*. Se refiere, en realidad, al ministro del Ejército Carlos Asensio, a quien, en efecto, Gil-Robles casi incitó al golpe de Estado (ÁLVAREZ TARDÍO, 2016: 265-266).

españoles debían, en primer lugar, ser enteramente independientes en su propio proceso político, libres de la continua instrumentalización por parte de espurios intereses extranjeros de la que habían sido víctimas tanto durante su guerra civil como durante el conflicto mundial. Respecto del buen gobierno, reconocía que la famosa idiosincrasia no invitaba al optimismo. LaFarge en este punto hace, sin embargo, una observación interesante. Buen conocedor de la cultura hispánica y profundamente implicado, por otro lado, en la igualdad racial en Estados Unidos, resaltaba el hecho de que España y otros países hispánicos habían demostrado mejores resultados que los de tradición anglosajona en cuestiones como la racial.⁵³ En este sentido, resulta interesante la reflexión de un comentario editorial publicado en la revista muy poco después, en el que se hablaba de que una verdadera amistad con España debía significar una combinación de prudencia y exigencia, que podría poco a poco dar buenos resultados, pero que al mismo tiempo no sería deseable ni esperable que estos se produjesen rápidamente, del mismo modo que muchos, entre ellos también liberales antifranquistas, proponían una prudente gradualidad para el problema negro en el Sur.⁵⁴

La apuesta editorial de LaFarge y *America* para el futuro «buen» gobierno de España se asentaba a su vez también en tres puntos: gobierno fuerte, sin la debilidad que caracterizó tanto a los gabinetes republicanos como a los últimos consejos de ministros de la monarquía constitucional; respeto a los derechos humanos, tal como se estaban perfilando en el marco de las Naciones Unidas; y, muy significativamente, autonomía regional. Para comprender la favorable posición de LaFarge hacia la autonomía regional en España hay que tener en cuenta la intensa actividad desplegada por el PNV en Estados Unidos, como lo prueba la documentación del archivo personal de LaFarge y de la que trataremos, como ya se ha apuntado, en un futuro trabajo. LaFarge se mostraba favorable a una fórmula autonomista que dejase de lado «la presente época de nacionalismo extremo», recuperando «los más amplios y más liberales conceptos de unidad y división políticas que reflejaban la unidad orgánica de la Cristiandad».

En la tercera y última parte del artículo, se ocupó del papel de la Iglesia católica en España. Se interrogaba el periodista jesuita si la Iglesia podía convertirse en el factor de unidad que fue en el (ya lejano) pasado, comprometiéndose decididamente a llegar a los obreros, a las clases menesterosas que habían protagonizado la «apostasía de las masas»:

En tanto en cuanto la Iglesia en España no ha conseguido llegar, instruir o tocar los corazones de todos los elementos de las masas, urbanas y rurales, en las cuatro esquinas de la nación, ninguna medida de unidad u orden impuesta desde arriba o desde fuera puede restaurar la moderación y la estabilidad en la nación. Tampoco ninguna cantidad de mero celo cruzado conseguirá este resultado. Y menos aún puede conseguirse mediante la fuerza policial del gobierno.

53 LaFarge, J., «The Future of Spain» (30-12-1944), *America*.

54 «What a Good Liberal Finds Possible» (13-1-1945), *America*. Este comentario editorial señalaba particularmente la contradicción de un activista que había participado en una manifestación antifranquista en Nueva York y que había firmado hacía poco un artículo defendiendo esa política prudente para los estados sureños.

Las informaciones de España eran contradictorias al respecto, por lo que LaFarge suspendía el juicio acerca de en qué medida la Iglesia española podía estar logrando o siquiera intentando una reconquista auténticamente espiritual de esa otra España que primero la había visto como la gran aliada del poder económico y social y luego la había perseguido con verdadera voluntad de exterminio. Enlazando con el anterior punto, apuntaba asimismo que resultaba «algo trágico para la Iglesia [que] aquellas regiones de España que son más ricas en actividad misionera católica organizada estén separadas del resto del país por políticas que no reconocen ninguna reivindicación de una razonable política autonómica».⁵⁵

Poco después, en marzo de 1945, *America* publicó otro artículo, con el mismo título que el del padre LaFarge, firmado por el escritor protestante Christopher T. Emmet, a quien la revista presentó como anticomunista pero simpatizante de la República.⁵⁶ Emmet comenzaba lamentándose de que los liberales se dejaban arrastrar por los comunistas en todo lo tocante a Franco, pero continuaba afirmando que mientras Franco estuviese en el poder las heridas de la guerra no se cerrarían, la amenaza de intervención extranjera no cesaría y, lo más importante, «España continuará siendo una fuente de fricción entre grupos religiosos y culturales en Estados Unidos y en todas partes, cuya unidad es vital para la tarea de reconstruir la civilización después de la presente guerra». En aquellas semanas finales de la guerra en Europa, se intuía con claridad que el siguiente gran desafío, una vez derrotados los totalitarismos fascistas, iba a ser el fortalecido totalitarismo comunista. Emmet, protestante, observaba con preocupación la ofensiva planteada contra el catolicismo por parte de los comunistas precisamente para romper la unidad del frente democrático. Para Emmet, formaba parte de la estrategia comunista para debilitar la unidad antitotalitaria el utilizar a la Iglesia católica para enfrentar a la derecha y a la izquierda democráticas. Y para lograr ese objetivo se valía, precisamente, de la cuestión española:

Ahora, como durante la misma Guerra Civil, la mayoría de los que se oponen a Franco o que critican a la Iglesia no son comunistas, ni en España ni fuera de ella. Pero ahora, como entonces, la causa antifranquista es explotada por los comunistas del mismo modo en que la causa franquista fue explotada por los nazis y los fascistas. Los comunistas están determinados a mantener viva la cuestión española, no solo en beneficio de su propia causa en España sino como arma contra la Iglesia, que, a juzgar por lo que se puede leer en la prensa soviética, parece que se ha convertido ahora en

55 LaFarge, J., «The Future of Spain» (30-12-1944), *America*.

56 Emmet, C. T., «The Future of Spain» (10-3-1945), *America*. Seguramente se trata de Christopher Temple Emmet Jr., escritor antinazi y anticomunista, que estudió en varias universidades alemanas y vivió en Europa entre 1927 y 1933. Fue uno de los fundadores en 1939 del Comité Cristiano para el Boicot de la Alemania Nazi y formó parte del lobby «Vote for Freedom» contra la política aislacionista en el Congreso. Dirigió el boletín antinazi *Fact Versus Fiction* e inició el comité «France Forever» para apoyar a De Gaulle. Después de la guerra, colaboró con grupos en favor de una paz justa con Italia y se significó en las protestas por el proceso del cardenal Mindszenty. Fue uno de los fundadores del Consejo Estadounidense sobre Alemania en 1951 para apoyar el proceso democrático en la Alemania Occidental. Fue miembro del Consejo de Relaciones Exteriores, patrono de la *Freedom House* y director del Comité Internacional de Rescate («Christopher T. Emmet Is Dead; Writer on Totalitarianism, 73» [13-2-1974], *The New York Times*).

el enemigo número uno de Moscú.

Emmet se mostraba convencido, recogiendo muchos de los rumores que ya habíamos visto publicados en las mismas páginas de *America*, de que la dictadura de Franco se acercaba hacia su final. Precisamente por ello no consideraba aconsejable para esa –hipotéticamente inminente– restauración democrática en España, que se rompiesen las relaciones diplomáticas con el régimen. Adviértase que contra lo que el autor está aquí previniendo es tan solo sobre la mera ruptura de relaciones diplomáticas, no contra la intervención militar por la que ya estaban abogando otros. Para Emmet, en efecto, incluso la ruptura diplomática ya debía considerarse «una forma de intervención», que «presumiblemente conduciría al desorden y tal vez a la guerra civil», una guerra civil que, por supuesto, podía conducir a su vez al establecimiento de un régimen comunista. Argüía Emmet a favor del mantenimiento de relaciones con la España franquista que De Gaulle también era partidario, pese al rechazo que se supone que debería despertar en la Francia Libre, o que la URSS estaba apaciguando a Japón de modo tal que ambos no se veían obligados a mantener grandes contingentes en guardia el uno contra el otro. ¿Qué hacer, pues, para contribuir a una pacífica transición a la democracia en España? Así como al principio de su artículo había señalado los intentos comunistas de romper la unidad democrática por medio del discurso anticatólico y antifranquista, interpretaba ahora la división entre los dos focos de reorganización del exilio republicano, el francés de Negrín y el mexicano de Prieto, Martínez Barrio y Miguel Maura, como el intento comunista de romper el esfuerzo de reconstrucción democrática de amplio espectro que él atribuía a la junta prietista de México. Emmet realmente estaba convencido de la debilidad extrema del régimen, que en cualquier momento podía caer para dar paso a un gobierno provisional multipartidista y completamente libre de control comunista, el cual, no obstante, estaría seriamente comprometido tanto por el acoso de los comunistas como por la resistencia de la Falange. Para Emmet, resultaba crucial que Estados Unidos y los católicos apoyasen a ese hipotético gobierno.⁵⁷

Las reacciones de los lectores profranquistas de *America* a la propuesta de Emmett no se hicieron esperar. En una carta al director, A. Gonzales, padre agustino en Nueva York, tachaba de ingenuo el «gobierno ampliamente representativo» por el que abogaba Emmet, puesto que tal fórmula era precisamente el tipo de gobierno que los comunistas eran consumados expertos en aprovechar para sus fines, no solo por su planteamiento sino, sobre todo, por sus protagonistas:

¿No se da cuenta el señor Emmet de que, a todos los efectos, está defendiendo para España el mismo tipo de gobierno, bajo las mismas figuras políticas, que crearon las condiciones que hicieron la Guerra Civil española inevitable? Tales «moderados» y «conservadores» como Miguel Maura, Prieto, Martínez Barrio y demás tuvieron ya su momento en la vida política española, y tal momento no parece que vaya a ser olvidado por el pueblo español durante muchos años (no puedes engañar dos veces a la gente).

⁵⁷ Emmet, C. T., «The Future of Spain» (10-3-1945), *America*.

Recordaba a continuación que fue con el republicano de derechas Miguel Maura en el Ministerio de Gobernación con quien se quemaron los conventos en mayo de 1931 y el papel protagonista de Prieto en la «orgía de destrucción y asesinato de sacerdotes y civiles» que se desató en la zona roja durante la guerra. Para este lector de *America* la solución a la cuestión española era simple: dejarla en paz, «sin prestar mucha atención a las maquinaciones de políticos derrotados que, en su amargura, les gustaría tener una oportunidad para la revancha».⁵⁸

Otro agustino, de origen español, reclamaba igualmente desde Washington que se le dejase a España en paz. Se maravillaba de las pasiones que había levantado la Guerra Civil en el ánimo de los estadounidenses y que todavía seguía despertando la cuestión española. Se mostraba retóricamente sorprendido de la «presunción o, si lo prefiere, de la simplicidad de aquellos autores que, *ex cathedra*, ofrecen soluciones para todos los problemas de gobierno a lo largo y ancho del mundo». No consideraba a Estados Unidos autorizado para dar lecciones, recordaba las discriminaciones que sufrían todavía judíos, católicos y gentes de color, los errores en la administración de Puerto Rico o las mejorables relaciones con América Latina y disculpaba a España, porque, al contrario que su país de residencia, no estaba bendecido por la abundancia: «España es un país pobre y en todos los países pobres el buen gobierno es difícil». Sin un hilo argumental claro, se entretenía a continuación en la habitual *laus (Catholica) Hispaniae*: los muchos santos de nuestra historia, el trabajo duro en las universidades, los cinco mil libros publicados en 1944, los veinte mil jóvenes que peregrinaron, –los últimos treinta kilómetros descalzos– al Pilar, concluyendo, en una progresión del victimismo al triunfalismo, que la razón de la animadversión hacia España es el «odio pagano» a su catolicismo, la Leyenda Negra «y, sobre todo, el hecho de que los comunistas perdieron la batalla en España y sangran todavía por la herida. España es un país católico, *malgré tout*; este es el aguijón en la carne de sus adversarios».⁵⁹ En términos similares ironizaba un lector del estado de Nueva York sobre el rencor izquierdista hacia Franco: «hay un considerable sedicente elemento liberal en este país que desafortunadamente, sin embargo, no parece lo suficientemente amplio de miras o lo suficientemente liberal como para perdonar a Franco por haber salvado a España de los horrores de un régimen comunista».⁶⁰

Concluimos, en fin, nuestro relato, cuando dos semanas después, a pocos días de la rendición alemana, intervino en esta polémica nada menos que Luigi Sturzo, todavía desde su exilio neoyorkino, para citar un artículo de Guido Gonella publicado en *Il Popolo* el 5 de enero, en el que afirmaba que «los republicanos recientemente reunidos en París estaban demostrando más clarividencia y patriotismo [que otros] al expresar su deseo de discutir con el mismo Franco la manera de evitar una nueva guerra civil». Para Gonella, al igual que para el embajador británico Hoare, convenía destacar que, aunque Falange era totalitaria, «solo tiene algunos puntos en común con los totalitarismos de otros países. El

58 Gonzales, A., «Whose Problem Is Spain?» (14-4-1945), *America*.

59 Rubio, D., «Whose Problem Is Spain?» (14-4-1945), *America*.

60 Loughlin, J. F., «Whose Problem Is Spain?» (14-4-1945), *America*. Se trata de tres cartas agrupadas bajo un mismo título.

mismo Franco ha tenido recientemente algunas no irrelevantes fricciones con los intransigentes jefes de la Falange». Gonella asimismo confiaba en el papel que podía jugar Gil Robles en la eventual transición a la democracia, punto en el que Sturzo se mostraba en cambio más reservado.⁶¹

6. CONCLUSIONES

Roosevelt había enviado en 1942 a la embajada en Madrid a un católico militante como Carlton Hayes porque confiaba en que el catolicismo podía constituir, en una hora tan ardua como la de la Segunda Guerra Mundial, el gran punto de encuentro entre dos regímenes y dos sociedades tan distintas como la española y la estadounidense. Aunque suene sorprendente, los católicos norteamericanos –sus medios, sus jerarquías, su cultura política– eran, por un lado, un importante activo de Franco en el frente interno estadounidense y, por otro lado, al mismo tiempo y sin contradicción, uno de los principales componentes de la gran coalición del *New Deal* (DOLAN, 2002: 146-168; MCGREEVY, 2003: 148-188). A ojos de la parte mayoritaria de la opinión pública de Estados Unidos, Franco era simplemente un dictador fascista, como lo era Hitler o Mussolini, que habría estado dispuesto a entrar en la guerra mundial en cuanto le conviniese, de acuerdo con sus cálculos maquiavélicos. Ante estos puntos de vista, el catolicismo estadounidense, bregado en las controversias de la Guerra Civil española, reaccionaba con irritación. A los católicos norteamericanos les indignaba que sus compatriotas pareciesen deliberadamente ignorar el carácter furiosamente antirreligioso del enemigo derrotado por Franco. En última instancia, con desasosiego y disgusto, percibían en tal estado de opinión la vieja insidiosa inquina anticatólica.⁶² Como hemos intentado mostrar en estas páginas, la implicación católica en la relación hispanoestadounidense durante la Segunda Guerra Mundial no se limitó al ámbito diplomático antes mencionado (THOMAS, 2016a) ni a la complejidad de redes de cooperación que se tejieron a uno y otro lado del océano (RODRÍGUEZ LAGO, 2022). También la podemos encontrar en las páginas de los medios católicos, aunque el nivel de atención sobre España no fuese el mismo que lógicamente hubo generado la guerra del 36.

En esa atención mediática es posible distinguir las mismas dos etapas fundamentales en las que puede periodizarse la Segunda Guerra Mundial, las que separa el ataque de Pearl Harbor y que se corresponden respectivamente con el auge y declive de las armas alemanas. Durante la primera de esas etapas, la principal inquietud era que Franco abandonase la neutralidad que había declarado al comienzo de la guerra, lo cual pondría en serios aprietos la posición británica en el Mediterráneo. Los redactores católicos tendieron a subrayar aquellos aspectos que reforzasen la idea de que España se mantendría neutral. Paralelamente, fue

61 Sturzo, L., «The Course of Spain» (28-4-1945), *America*. Guido Gonella fue uno de los líderes de la Democracia Cristiana desde los años cuarenta hasta los setenta (cf. CAMPANINI, 2001).

62 Sobre el anticatolicismo en la cultura estadounidense, entre otros, cf. MASSA, 2003; y NORDSTROM, 2006.

emergiendo, como gran preocupación de fondo, el interrogante de hasta qué punto el inestable equilibrio de fuerzas de los vencedores de la Guerra Civil se estaba decantando a favor del totalitarismo «paganos» que representarían los elementos más pronazis de la Falange o si, por el contrario, el catolicismo español no solo conseguiría aguantar la embestida sino incluso pudiera llegar a ser capaz de propiciar una evolución democratizadora en la línea de las democracias cristianas de posguerra. En este contexto, preocupó mucho también un aspecto que hemos dejado de lado por el momento, que es el de las implicaciones hispanoamericanas de la cuestión española. Se abordarán en una futura investigación.

La caída de Serrano y la declinante suerte de Hitler alejaron algo a España de la órbita nazi-fascista, pero en Estados Unidos el peso de la guerra resultaba crecientemente ominoso para una opinión pública cada vez menos dispuesta a tolerar a los amigos del Eje. Con el final cierto de la guerra a la vista, la continuidad del régimen de Franco –nacido de una guerra civil en la que el apoyo nazi y fascista había sido fundamental, cuya imprecisa naturaleza contenía en cualquier caso elementos abundantes de esos totalitarismos a punto de sucumbir y a los que de principio a fin había profesado estima y simpatía– había empezado a parecer un anacronismo insostenible. El cambio de régimen no era percibido meramente como deseable sino realmente como inevitable. En un trabajo de próxima aparición, analizaremos con detenimiento las colaboraciones en *Commonweal* de un español católico, exiliado y republicano, Alfredo Mendizábal, que suscitaron intensas discusiones sobre el pasado, presente y futuro de España. A lo largo de las páginas precedentes, sin embargo, hemos podido asomarnos ya a otros ejemplos de esa discusión, que alcanzaría nuevas cotas de protagonismo en cuanto callaron los cañones en Europa y los vencedores empezaron a discutir qué hacer con España.

7. AGRADECIMIENTOS

Este artículo es un resultado de investigación del Proyecto de investigación «Narrativas en conflicto: libertad religiosa y relaciones Iglesia-Estado en los siglos XIX y XX», 2017-2019, Programa Estatal de Fomento de la Investigación Científica y Técnica de Excelencia, Ministerio de Economía y Competitividad, Ref.: DER2016-76619-P.

El autor agradece la atención prestada por las Bibliotecas de las Universidades de Georgetown (Washington) y Pontificia Gregoriana (Roma).

8. HEMEROGRAFÍA

America (Nueva York), 10-6-1939 a 28-4-1945 (más 5-2-1955 y 27-10-2008).

The Catholic World (Nueva York), 11-1943.

The Commonweal (Nueva York), 8-8-1941 a 18-12-1945.

The New York Times (Nueva York), 14-1-1940 a 29-10-1944 (más 13-2 y 3-6-1974).
The Sign (Union City, Nueva Jersey), 8-1940 a 1-1941.
Time (Nueva York), 31-10-1938.

9. REFERENCIAS

- ÁLVAREZ TARDÍO, M. (2016): *Gil-Robles: Un conservador en la República*, Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, Madrid.
- BARRY, G. (2012): *The Disarmament of Hatred: Marc Sagnier, French Catholicism and the Legacy of the First World War, 1914-1945*, Palgrave Macmillan, Basingkstone.
- BERGAMÍN, J. (1944): «The Third Spanish Republic», *Foreign Affairs*, 23 (1): 123-129.
- BOSCH, A. (2012): *Miedo a la democracia: Estados Unidos ante la Segunda República y la Guerra Civil española*, Crítica, Barcelona.
- BRYDAN, D. (2021): «'Starving Spain'. International Humanitarian Responses to Spain's Hunger Crisis», en M. A. DEL ARCO; P. ANDERSON (eds.), *Franco's Famine: Malnutrition, Disease and Starvation in Post-Civil War Spain*, Bloomsbury, London: 137-156.
- CABEZA, S. (1997): *Historia política de la Segunda República en el exilio*, Fundación Universitaria Española, Madrid.
- CAMPANINI, G. (2001): «Gonella, Guido», en *Dizionario biografico degli italiani*, Istituto della Enciclopedia Italiana, Roma: vol. 57, 666-670.
- CARBONNEAU, R. E. (1997): «Sign, The», en M. GLAZIER; T. J. SHELLEY (eds.), *The Encyclopedia of American Catholic History*, The Liturgical Press, Collegeville (Minnesota): 1297.
- CHAVES, J. (2022): *Historia del maquis: El largo camino hacia la libertad en España*, Ático de los Libros, Barcelona.
- COMBER, T. E. (1997): «Catholic World, The», en M. GLAZIER; T. J. SHELLEY (eds.), *The Encyclopedia of American Catholic History*, The Liturgical Press, Collegeville (Minnesota): 312-313.
- COMMONWEAL MAGAZINE (s.f.): «A Brief History of Commonweal», página de internet disponible en: <https://www.commonwealmagazine.org/about/history>. Acceso: 15/06/2022.
- DIONISIO, M. Á. (2009): «La prohibición de la carta pastoral "Lecciones de la guerra y deberes de la paz" y los conflictos entre la Iglesia y el Gobierno español en el otoño de 1939», *Toletana*, 20: 81-108.
- DOLAN, J. P. (2002): *In Search of an American Catholicism: A History of Religion and Culture in Tension*, Oxford University Press, New York.
- DRUELLE-KORN, C. (2018): *Food for Democracy ? : Le ravitaillement de la France occupé (1914-1919) : Herbert Hoover, le blocus, les neutres et les alliés*, Peter Lang, Bruxelles.
- ESCOBEDO, R. (2020): «Una narrativa católica sobre la España franquista para Estados Unidos: la revista *America*», en R. D. GARCÍA PÉREZ, (coord.), *Narrativas en conflicto: libertad religiosa y relaciones Iglesia-Estado en los siglos XIX y XX*,

- Thomson Reuters Aranzadi, Cizur Menor, 2020: 341-361.
- ESCOBEDO, R. (2023): «American Catholics and religious intolerance in Franco's Spain», en M. BUSANI; P. VALVO (eds.): *A Christian Revolution? Euro-American Dialogues on Social Justice and Democracy from Pius XII to Paul VI*, Studium, Rome.
- ESCOBEDO, R. (2023): «Aileen O'Brien: una activista profranquista católica en Estados Unidos durante la Guerra Civil española», *Historia contemporánea*, 71: 183-219.
- ESPASA, A. (2017): *Estados Unidos en la Guerra Civil española*, Catarata, Madrid.
- FIELDING, R. (1978): *The March of Time, 1935-1951*, Oxford University Press, New York.
- GOMÁ, I. (1939): *Lecciones de la Guerra y deberes de la Paz*, Editorial Católica Toledana, Toledo.
- HAYES, C.H. (2018): *Misión de guerra en España*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza (2ª ed. española; ed. original inglesa: 1945).
- JEANSONNE, G. (2016): *Herbert Hoover: A Life*, New American Library, New York.
- KANAWADA, L.V., JR. (1982): *Franklin D. Roosevelt's Diplomacy and American Catholics, Italians, and Jews*, University of Michigan Press, Ann Arbor.
- MASSA, M.S. (2003): *Anti-Catholicism in America: The Last Acceptable Prejudice*, Crossroad, New York.
- McGREEVY, J.T. (2003): *Catholicism and American Freedom: A History*, W. W. Norton, New York.
- MORADIELLOS, E. (2005): *Franco frente a Churchill: España y Gran Bretaña en la Segunda Guerra Mundial (1939-1945)*, Península, Barcelona.
- MORALES, V. (1995): *Historia de la no beligerancia española durante la segunda guerra mundial*, Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria (2ª ed.).
- NORDSTROM, J. (2006): *Danger on the Doorstep: Anti-Catholicism and American Print Culture in the Progressive Era*, University of Notre Dame Press, Notre Dame (Indiana).
- REY, M. (1998): *Stars for Spain: La Guerra Civil Española en los Estados Unidos*, Ediciós do Castro, Sada (La Coruña).
- RODRÍGUEZ LAGO, J.R. (2022): «Factor religioso e intervención norteamericana en la España de la Segunda Guerra Mundial», *Ayer*, 126: 49-77.
- S.N. (1952): «News of Sociological Interest», *The American Catholic Sociological Review*, 13/2: 107.
- SÁENZ-FRANCÉS, E.; GALBRAITH, J.K. (2016): «De águilas y leones: Diplomacia británica en España 1939-1953. Tiempo de guerra y tiempo de cambios», en J. M. THOMÁS, (coord.), *Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña, Japón y sus relaciones con España entre la guerra y la postguerra (1939-1953)*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid: 151-190.
- SAN FELIPE, M.A. (2014): *Una voz disidente del nacionalcatolicismo: Fidel García Martínez, obispo de Calahorra y La Calzada (1880-1973)*, Universidad de La Rioja, Logroño.
- STAHEL, T.H. (1997): «America», en M. GLAZIER; T. J. SHELLEY (eds.), *The Encyclopedia*

- of American Catholic History*, The Liturgical Press, Collegeville (Minnesota): 21-22.
- THOMAS, J.M. (2007): *Roosevelt y Franco: De la Guerra Civil española a Pearl Harbor*, Edhasa, Barcelona.
- THOMAS, J.M. (2010): *La batalla del wolframio: Estados Unidos y España de Pearl Harbor a la Guerra Fría (1941-1947)*, Cátedra, Madrid.
- THOMAS, J.M. (2011): *Roosevelt, Franco, and the End of the Second World War*, Palgrave Macmillan, New York.
- THOMAS, J.M. (2016a): «Catolicismo, antitotalitarismo y franquismo durante la Segunda Guerra Mundial y la inmediata postguerra: Carlton J. H. Hayes», en *ID.* (ed.), *Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña, Japón y sus relaciones con España entre la guerra y la postguerra (1939-1953)*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid: 13-62.
- THOMAS, J.M. (2016b): *Franquistas contra franquistas: Luchas por el poder en la cúpula del régimen de Franco*, Debate, Barcelona.
- TUSELL, J.; GARCÍA QUEIPO DE LLANO, G. (1993): *El catolicismo mundial y la guerra de España*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.
- VAN ALLEN, R. (1997): «Commonweal», en M. GLAZIER; T. J. SHELLEY (eds.), *The Encyclopedia of American Catholic History*, The Liturgical Press, Collegeville (Minnesota): 364-365.
- WIGG, R. (2005): *Churchill y Franco: La política de apaciguamiento y la supervivencia del régimen, 1940-1945*, Debate, Barcelona (ed. original inglesa: 2005).

